

R. CASTELAO DE AGUILERA

8

MI PÁTRIA

POEMA

Prêmiado por la Academia de Ciencias y Literatura del Liceo
de Málaga en celebraci3n del IV centenario de la reconquista
de esta Capital



VALLADOLID:

Establecimiento tipogr3fico de H. de J. PASTOR.

IMPRESORES DEL ILUSTRE COLEGIO DE ABOGADOS,

CAÑARRANAS, NÚM. 26.

1887.

R. 204388

ANT
XIX
990/8

R. CASTELAO DE AGUILERA

MI PÁTRIA

POEMA

Premiado por la Academia de Ciencias y Literatura del Liceo
de Málaga en celebración del IV centenario de la reconquista
de esta Capital



VALLADOLID:

Establecimiento tipográfico de H. de J. PASTOR

IMPRESORES DEL ILUSTRE COLEGIO DE ABOGADOS,

CANTARRANAS. NÚM. 26

1887.

Al Excmo. Señor
DON GERMAN GAMAZO

EX-MINISTRO DE FOMENTO Y ULTRAMAR.

Pequeño trabajo le dedico.

Mi mano convulsa todavía se atrevió á delinear un poema y en mi débil pensamiento comenzó á acordar el corazón un cántico tanto más venerado y adorable, cuanto debe ser el reflejo de nuestra vida y sus acentos, los acordes del alma semejantes no más á aquellos que llevan á Dios una plegaria.

Tal es mi concepto.

Grande es el que todos tenemos de la pátria.

Por esta razón tan poderosa y cual si otra no existiera, necesario es que yo temblara al acudir con mi humilde cooperación á un concurso literario y necesario también que dudase de alcanzar por ella el lauro que ambicionaba y he merecido.

Cierto que, si solo el noble entusiasmo y sea cualquiera el pensamiento donde se le halle se hace acreedor al premio, yo tal vez considerara haberlo merecido, pues eso sí, nunca con mayor fé he adorado en mi pátria.

«Era in pensier d'amor...»

Yo no he encontrado por el momento otras palabras más dulces con las cuales saludarla. Hubiese querido arrebatár á Guido de Calvacanti esta propiedad, y el sublime concepto de esa

armonía que suena como una nota inextinguible en la lira de un ángel.

Et... Conjunción latina: *Mot qui sert à joindre une phrase à une autre phrase*: Bossuet et Cervantes, Calderon et Hugo, Lamartine et Dante, Moratin et Boileau... Con que placer hablaría yo así si me fuera permitido.

«*L'anima slancia a fuore...*»

Al pensar en mi patria yo no podía menos de recordar aquél arrullo de nuestra cuna que casi intacto palpitaba con tal fuerza de expresión en aquellas frases del Dante, apasionadas y tiernas á la vez, y que aun palpitan por las dilatadas cordilleras de los Alpes y Apeninos, risueños montes de la Italia.

¡¡Abrazaros como yo os abrazo!! ¿Qué nos detiene?

Así pues, yo acudí á los orígenes de nuestra poesía castellana pidiéndole formas con que expresar mi sentimiento y allí encontré al *Romance*, forma primitiva que siendo del exclusivo dominio de nuestro país, ni aun puede adaptarse al lenguaje rítmico de otras naciones.

Esta idea halagó mi entusiasmo pátrio, y con un romance comencé el primer canto de mi poema dándole también fin por un romance.

De Italia arranca.

Atila con sus Hunos desmembrando á Roma de un sólo golpe y queriendo cambiar el modo de ser del Universo, empujando á su vez á aquellas manadas de salvajes, hermanos suyos, tribus nómadas ó libres que con los nombres de Alanos, Vándalos y Suevos, habían poco tiempo ha de entonces, caído como enorme bandada de grajos sobre las tierras de Italia, tierras concedidas por el débil Honorio y que sin productos suficientes aun para sus frugales apetitos, estimulados por el ansia de dominio y aguijoneados por aquel innovador de la familia humana; fueron extendiéndose hasta venir á caer sobre el rico suelo de nuestra España.

No me detengo con el recuerdo de los esplendores de aquel Sol que ellos eclipsaron y que alumbró por tanto tiempo la Europa y más allá.

Publicado tenía ya por otra parte, un humilde escrito en prosa sobre esta «Época de la luz», donde me explayo á mi gusto recordándola; y como este trabajo al ígual del que hoy me ocupa, tienen por unica base el entusiasmo de un momento determinado, hubiérase hecho difícil su amalgama dando también á esta composición dimensiones que no eran de mi propósito.

La Historia ha sido y será siempre objeto distinguido de mis amores.

Yo la he sacrificado muchas horas de mi vida y ella dióme en cambio otras tantas de placer mayor, mucho mayor que el sacrificio de esas horas.

Yo he apagado en ella muchos instantes de angustia, muchos dias de fiebre que debilitaban mi vida; y sin la brisa suave de estas costas, sin el bendito clima de esta población en que escribo y sin *ella*, sin ella por compañera, yo no debería ya de vivir.

Quién no ama la Historia no merece ser amado.

La Historia dicen muchos historiadores con uno solo, es: «*El resumen del género humano*». Esto á mí me parece poco para ella y yo quisiera llamarla:

Causa de todo lo que vive y razón de lo que no muere ..

Esta afición á la Historia no nació en mí toda entera: Mucha se la debo á las influencias de un inteligente Escolápio cuya muerte sentí y siento más hoy, como la del sér querido que se aleja de nosotros para no vérselo jamás.

Era el P. Julián, del Colegio de Toro, que dirigió los estudios de mi infancia alentando mis inclinaciones á esa ciencia de las ciencias.

Aun en las horas destinadas al recreo yo acudía á él con mis afanes, y él, con la dulzura de esos séres consagrados en todo á la enseñanza de la niñez, pulimentaba por decirlo así las rudezas de mi limitado entendimiento ..

¡Dios sea con él!

Nuevos maestros me enseñaron después y sábios y luminosos les he tenido, como Giner de los Ríos... como el Doctor Ortega y Rubio, de la Universidad de Valladolid, que tantos

trabajos ha producido y produce de reconocido mérito histórico y literario; habiendo bebido á la vez gran caudal en esa fuente perpétua y sonora, pero con ojos y lábios, y á quién veneradamente llamamos Castelar.

Mas ni tan profundas explicaciones, ni la palabra elocuente con que las realzan, lograron jamás arrancar de mi memoria los severos principios que con conciso y atinado lenguaje, imprimió en ella aquél docto Escolápio.

De él nace la duda que abrigo sobre la trágica y desgraciadamente para nosotros memorable tradición de los amores de Rodrigo con la hija del Conde Traidor, que sólo con mucho recelo puede aceptarse, suponiendo además que la Florinda de la Historia no fué la llamada *Caba* por los árabes.

Sabido es lo apasionado que aquellos eran á la ficción y de la cual aún nos queda á nosotros la frase y ella misma nos queda cuando decimos: *Ficción oriental*.

En su poesía, en sus costumbres, en todo en fin la hacían revivir. Sus escritores la reflejan constantemente y, presentándoles como no podía menos, ancho campo á su fantasía el nuevo país que acababan de conquistar, bien puede admitirse que confabularan tal hecho en su imaginación sacando partido de aquellos vicios que minaron el imperio godo, del más vicioso que había en él y que lo era su monarca, y demás concausas amasadas todas en el odio de raza.

Lógicamente pensando á la par en los motivos todos de la destrucción de ese Imperio, pudieran deducirse muy firmes consecuencias que apoyaran en mas ó en menos mi humilde opinión.

Importa poco ó nada: mas por lo enunciado, yo no he querido ni tocar siquiera este hecho en mi composición.

Poco se extienden los historiadores en juzgar la época del mando de Abdalasis, hijo de Muza y primer gobernador de los pueblos conquistados hasta entonces por la Media Luna.

Nos le pintan como modelo de caballerosidad, generoso y valiente, asegurándonos que casó con Egilona la esposa de Don Rodrigo hecha cautiva en la toma de Mérida.

Esta mujer fué sin duda alguna la mujer más infortunada de

la tierra y la Historia apenas le consagra una sola frase no obstante pertenecerle de una manera tan íntima como le pertenece: pues aun cuando la Historia no haya de ser otra cosa que la relación verídica y sucinta de los hechos pasados no hay ningun historiador que deje de tributar algo de su corazón hácia aquello que más hondamente le conmueve y conmovido debe sentirse ante el espectáculo de una mujer que, bañada en llanto ciñe á su frente la corona imperial de un esposo que más la humilla que la enaltece, y viéndola pasar luego cargada de cadenas como mísera esclava para llegar á ser nueva esposa de aquél que le arrebató su poder tiranizando á su pueblo y á quien no puede tener amor.

En cuanto á Abdalasis, aunque cortos fueran sus dias, debieron éstos merecerle tambien al historiador un estudio más detenido del que se le hace.

Político profundo quizá el mayor de los suyos tuvo gran tolerancia con los cristianos lo que le atrajo la enemistad y el recelo de sus parciales que en un principio hubiesen querido estirpar de raiz el cristianismo: cegados por el ardor de sus creencias, no veían ni querían comprender que es imposible simpatizar en un país conquistado si despues de hollar derechos tan preciosos como los de libertad y familia, trata de herir en las almas y arrancar á viva fuerza de ellas, sentimientos que nacen con el individuo, se adhieren á la conciencia y forman luego una segunda naturaleza donde á veces se busca la vida que parece huir de nosotros, y es cuando ménos gran consuelo para el que sufre.

Las leyes se imponen; la religión jamás, y este fué el error gravísimo del Mahometano y el que costó la vida á aquél príncipe que tan sábiamente gobernaba y con cuya sangre tal vez comenzaron á elaborar su ruina posterior.

Mayoría de historiadores suponen, que la muerte de dicho príncipe no reconoció otro motivo que el general disgusto con que su pueblo miró el amor que profesaba á Egilona, y temerosos de que esta mujer dominando en su corazón llegára á imponerse en el gobierno, se quejaron repetidas veces al Califa ó Jefe superior residente en Damasco el cual amonestó severamente

á Abdalasis creyendo así apaciguar los ánimos descontentos más no considerando aquellos suficientes estas medidas adoptadas por el soberano dieron lugar á que cinco caudillos como los llama la historia misma después de recibir grandes sumas en la Algaria llevaron á cabo un torpe delito sorprendiendo á Abdalasis y asesinándole cuando aquel indefenso rezaba las oraciones de una su última mañana.

Hubiese querido terminar mi poema principiando el reinado de los Reyes Católicos, pero, ¿Quién con sólo iniciar este tiempo no habla de Isabel, siquiera sea atrevido, y quién recordando á Isabel se olvida de Colón? Estos nombres que nacieron el uno para el otro no pueden ser separados.

El uno es la piedra; el otro es el engaste. Cuando luce el uno el otro debe también lucir.

Demasiado siento yo no haber podido darles su brillo aun cuando me quede sin embargo el consuelo de que otros lo harían.

A V., ruego perdón è indulgencia á todos aquellos que hayan de juzgar mi humilde trabajo.

Con el debido respeto rindo á V. el testimonio de mi cariño y consideración la más distinguida.

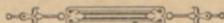
B. S. M.

Rafael Castelao de Aguilera.





MI PÁTRIA.



LEMA.

«Era in pensier d' amor»

(et)

«L'anima slancia à fuore»

;;Abrazaros como yo os abrazo!!

CANTO I.

SOLES Y LUNAS.

DEL Aguila de Occidente
las inmensurables alas,
que del sol los esplendores
en otro tiempo anublaban,
por las orillas del Neckar
revuelan ensangrentadas
al estruendo de las hordas
que de las cumbres del Atlas
como rebaños de Fúrias
hambrientas y sanguinarias,
con sus rapaces instintos
talar el orbe amenazan,
desgranando en un momento

las más sólidas montañas
cual pudieran los volcanes
con sus arroyos de lava.

Ya sienten temblar la tierra
bajo el peso de sus plantas
y no hallando otros espacios
contra el cielo se levantan;
contra ese cielo que acaso
de aquel ardor les inflama
por castigar los desmanes
y la soberbia del Águila.

Atila... su sólo nombre
repercutiendo en las Galias,
es el temblor subterráneo
que desmorona y espanta.
Atila, á cuyos clamores
del Averno se destacan
pavorosas las serpientes
á su voz encadenadas:
el génio de los abismos,
el asombro de las castas,
el azote de los cielos,
el rayo de las batallas...
¿Quién le detiene en su paso?
¿Quién doma la férrea lanza
de cuyo empuje rodaron
las altas torres romanas?
¿Quién extinguirá ese génio?
¡Quién el hambre y sed hircana
del Titán que enfurecido,

destruye, incendia y arrasa
sin otra ley que su esfuerzo,
sin otro afán que sus razzias,
ni más Dios ni más amores
que su caballo y sus armas!

¡Nadie en verdad! Las naciones
al estridor consternadas,
cayeron de sus cimientos
como frágiles murallas
y arrojando en los escombros
el gérmen de aquella raza,
surgió luego el edificio
grandioso, de nuestra pátria.

Sosteníase en sí misma
tras una revuelta larga
de tiempos que no amenguaron
su firmeza originaria,
viendo brotar en sus valles
los retoños de otras ramas,
que absorbieron por sus fibras
tan vivificante sávia.

Desde los extensos Alpes
al Piréne y Lusitania,
de Lusitania á la Bética
y hasta tocar con el África,
poderosa se extendía
la raiz escandinava,
dando vida á unas naciones
ya por su origen hermanas.

Fué preferida entre todas
para su arraigo, la España,
cuya tierra generosa
la robustece y ensancha.
Mas como todo que vive
sugeto siempre á mudanzas
que trae el tiempo implacable
sobre las inermes alas,
pierde al fin sus lozanías,
sus hojas caen desmayadas,
y por muchas primaveras
la yemazón se retarda.

Como las mas limpias piedras
ocupan negruzcas manchas,
y como el légamo surge
de las escondidas algas,
así la escoria flotando
por las turbulentas aguas
el nítido y puro nimbo
de sus espumas empaña.
Rodrigo .. el último vástago
de la valerosa raza
que los dominios mantuvo
de nuestra heroica pátria,
sumido en el bajo cieno
de una corte relajada,
debió de ser el llamado
con sus vicios á arruinarla.

Falto de espíritu, y loco,
desenfrenado monarca

que en infamantes orgías
como un villano se arrastra,
se olvida de su gobierno,
su antiguo título cambia,
sustituyendo la sirga
por el manto de escarlata.
Lúbrico asaz, insurgente
sin respeto de las damas
llegó á convertir en antros
los salones de su alcázar
sin escuchar los gemidos
de las vírgenes que infama,
ni los ruegos de su esposa,
ni de su pueblo las lágrimas.

Así fué; como una noche
de esas en que el sueño falta
y los cerebros se ingieren
de sensaciones extrañas,
que fascinan y atormentan,
y que electrizan el alma
con los mas vivos recuerdos
de la existencia pasada,
por las riberas del Tajo
Don Rodrigo caminaba
de sueño falto y sintiendo
que su frente se desgarrá.

La luna en su medio círculo
por entre nubes resbala,
triste, como el pensamiento
del desdichado monarca.

Fijándose así en los cielos
vé pasar como fantasmas
esos negruzcos vapores
que tomando formas raras,
ora simulan gigantes,
ora ejércitos de endriagas
y monstruos que mientras duran
el ánimo no descansa.

¡Noche fatal! Triste augurio
de la siguiente mañana
en que el sol de sus dominios
entre nubes se levanta,
mas apagado que nunca,
brillando con luz opaca
por entre densos nublados
que en el Guadalete estallan.

Gualá... Tal es el eco
que retruena en sus comarcas,
y las ondas quejumbrosas
contra la orilla rechazan.

¡¡Gualá cristianos!! Gualá
dicen las gúrnias y adargas,
y nuevo Atila con ellas
arruina, hiere y devasta.

Tarif se nombra y sus odios
contra las huestes cristianas
son la fiebre de sus días

y el afán de sus batallas.
Errante como un bagoío
todo en su paso lo arrastra,
desplomándose los templos
y asolando nuestras casas,
bajo la corva cuchilla
que de sangre no se sacia,
cayendo van nuestros padres
abrazados á su pátria
que á los filos destructores
la desventurosa España,
se hunde herida y sin alientos
del Guadalete en las aguas.

Rapante la Media Luna
funda en Sevilla su alcázar,
donde el Emir Abdalasis
príncipe de aquella raza
que abatió con sus enconos
el lema de nuestras bandas,
como vencedor gigante
con dulce sueño descansa
mientras se oyen los lamentos
de las vírgenes esclavas
que de los sacos de Múrcia,
de la Almería y de Malaga,
tesoro de sus rapiñas
desde el hogar las arrastra
para que vírgenes mueran
en el harem sepultadas.



CANTO II.

Una canción de amores.

~~~~~

**L**AS horas de Alajá  
se habian anunciado  
de la Côte agarena entre los muros,  
y el sectariõ de Alá  
tranquilo en sus hogares  
recitaba los salmos y conjurõs  
de sus ritos lunares  
en tanto en el Alcázar suntuoso  
el Emir deleitábase amoroso  
de una dama cautiva entre los brazos,  
pero cautiva hermosa  
de altivez cortesana  
y á quien el Moro diese tiernos lazos  
haciéndola su esposa  
siguiendo el uso de la grey cristiana.

Disipa tu tristeza  
—decíale aquel Moro—  
cautiva que aprisiona el alma mía:  
seráfica belleza  
de labios sonrosados  
como la ardiente flor de Alejandria,  
la de rizos dorados  
como rayos del sol en el Oriente  
jugando con el nácar de tu frente.

De ojos azulados y sombríos  
cual la célica huri  
que sus miradas calma  
en la linfa amorosa de los rios,  
que así eres tú y así,  
con tus encantos me hechizaste el alma.

Este tu reino ha sido  
y este el imperio godo  
que asolado miraste entre tu llanto  
caer desvanecido;  
recoge la corona,  
gobierna el pueblo tú, mas entre tanto  
bellisima Egilona,  
concede al alma mia tus amores.

Por la abatida pátria ya no llores  
que en tu poder está para salvarla;  
oh sí; á mi ansia cede,  
devuélveme el consuelo,  
y á Don Pelayo mismo he de entregarla  
haciendo que no quede  
ni rastro de mi estirpe en este suelo.

Ah no Abdalasis, no,  
—contéstale la esclava—  
mi amado pueblo, el pueblo valeroso  
su espíritu rindió  
ya no es aquel gigante  
que en la lucha se arroja poderoso,  
ya solo delirante  
su noble cuello contra el yugo oprime,  
y allá en Astúrias vergonzoso gime  
del infame Rodrigo maldiciendo,  
maldiciendo la hora  
fatal de su reinado  
que le hiciera expiar castigo horrendo,  
y las desdichas llora  
que el vicioso monarca le ha dejado.

—¡Ay España infeliz  
que pérfido destino!—  
Yo tambien al mirar tu desventura  
por la revuelta lid escondida lloraba,  
y Mérida á mis gritos de amargura  
en vano redoblaba  
sus esfuerzos con bélico coraje,  
por rechazar el impetu salvaje  
de la indomable y bárbara pujanza:  
Mérida vencida,  
y el godo sin aliento  
y la nación sin fé, sin esperanza,  
huye despavorida  
á gemir en las sierras como el viento.

Ecos de libertad  
 en la montaña zumban,  
 y al eco que escuchara él le responde,  
 con creciente ansiedad  
 desde su pecho herido,  
 y otra vez ¡ay! avergonzado esconde  
 su aterrador gemido.

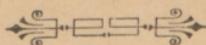
De noble ardor su corazón palpita  
 é ¡independencia! por doquiera grita:  
 Libertad, Libertad, clama amoroso  
 el español valiente,  
 contra la impía saña  
 esgrimiendo su brazo valeroso,  
 y con mermada gente  
 ni combatir podrá mi pobre España.

—Dales campo de espera  
 mi bondadoso Emir,—  
 mostrando á mis valientes tu hidalguía  
 tu cimitarra fiera  
 ya no más los provoque  
 sí es que deseas que á tu afán sonría,  
 que nuestro amor invoque,  
 sus lágrimas atiende y su quebranto,  
 que yo tambien enjugaré mi llanto  
 por atender amante á sus caricias  
 que en el deleite aspire  
 con indecible anhelo,  
 en éxtasis sublime de delicias;  
 mas ¡ay! que yo no mire  
 mi pátria sumergida en tanto duelo.

. . . . .

Ya cándida radiaba  
la aurora sus colores  
del vetusto palacio en las almenas  
y las puertas de la Aljaba  
con la oración se abrían  
despertando las tribus agarenas  
que á su rezo acudían:  
de pronto se oye un grito... ¡Alá me guarde!  
¡Socorred al Emir...! Mas todo tarde  
que asesinos mandados de la Algaria  
y hollando la Mezquita  
en donde le encontraron  
consagrado al fervor de su plegaria  
dánle muerte inaudita  
y á Egilona de nuevo encadenaron.  
Sucede al dia la medrosa noche  
que del menguado horror  
liberta al Mahometano...

Junta la esclava su temblante mano  
y llena de dolor,  
ora suspira y reza,  
y ora sobre la cruz que abraza ardiente  
cayendo la cabeza  
de virginal pureza  
circuye un ángel la humillada frente.







## CANTO III.

---

### LA GOTA DE AGUA.

---

**C**AYENDO la gota de agua  
constantemente en la piedra,  
días y días luchando  
por vencer su resistencia,  
con el trascurso del tiempo  
logra imprimirla tal huella  
que el entendimiento humano  
no sin asombro contempla.

Méno tal vez que una gota  
nuestro pueblo entonces era,  
para golpear los filos  
de las gúrnias sarracenas.

Mas poco á poco rodando  
desde las fuentes iberas,

se hizo paso por el mundo  
una gota tan pequeña  
de la que Tarif diría  
con arrogante soberbia,  
que en su sed no le bastase  
para humedecer la lengua.

Mas esta gota creciendo  
con proporción gigantesca,  
pudo horadar poderosa  
las entrañas de la tierra  
dejando por todas partes  
el sello de su grandeza,  
sin que los continuos choques  
exterminarla pudieran...  
que aquesta gota tan nimia  
á una Nación representa  
y esta Nación es España,  
mi pátria... ¡Bendita sea!

No humillada; si vencida  
de aquella raza proterva  
que desbordado torrente  
quiso en su furia absorberla,  
corrió á buscar el asilo  
de las escondidas sierras,  
donde salvaron sus leyes,  
su religión y sus ciencias.

Y como heridos leones  
sacudiendo las melenas,  
rugientes, desesperados  
en derredor de sus cuevas,

oyen un eco que grita  
¡venganza! venganza y guerra.

La irritante musulmana  
ya reducida á la Bética,  
escucha el grito valiente  
que en sus mezquitas retiembla  
y aquellas tribus cobardes  
ante el eco se amedrentan,  
se encastillan y amilanan  
cuando el rugido se acerca,  
pues no adelantan un palmo  
sin sembrar con sus cabezas  
el suelo, que se estremece  
tan solo con sostenerlas.

Desde Damasco el Califa  
nuevos auxilios apresta  
y foragidas legiones  
las ya diezmadas renuevan,  
lanzándose en el combate  
corajudas y sedientas,  
do con sus odios perecen  
en su misma sangre envueltas...

Se extiende la gota de agua  
mientras el torrente merma;  
rinden su cerviz los tigres,  
y al león le piden treguas.

Levanta su campo el moro  
y los cristianos sus tiendas,  
y unos y otros se preparan

á esa sublime epopeya  
que es asombro de los siglos,  
y corona de una reina  
que de la raza española  
llevó el gérmen en las venas.

Isabel... En hojas de oro  
su nombre se nos revela  
y siglos tras siglos pasan  
y aun con amor se recuerda;  
y aun se canta á la heroína,  
y aun la gloria se celebra  
de ese nombre que parece  
de nuestra pátria el emblema.

Su libertad y sus fueros,  
su valor y sus creencias,  
todo en fin cuanto nos honra  
en ese nombre refleja:  
¡Oh pátria mía! ¡qué grandes  
ante la historia se muestran  
aquellos que compartieron  
el lauro inmortal con ella....  
Los Alfonsos y Fernandos,  
los Ramiros y Fruelas,  
los Rodrigos y Guzmanes,  
los Gonzálos y Lacerdas;  
engendros son de esa gota  
que en sus principios pequeña,  
resistió siempre el empuje  
de las más rudas mareas.

Paso á España... ¡salve! ¡salve!  
Gloria á Isabel, gloria á aquella  
que trocó el peto de Côte  
por la coraza de guerra  
y adonde va con sus armas  
allí clava esas banderas  
bordadas con las insignias  
del Labaro de la Iglesia....  
Gloria á la augusta matrona  
que de Granada en las puertas  
y en tanto que los soldados  
van repasando la brecha,  
concede apoyo á un marino  
que entre lágrimas la ofrezca  
por un barco darla un mundo  
y un reino por una vela.

Gloria á aquel á quien los sábios  
de visionario motejan,  
cuando atrevido les habla  
de desconocidas tierras  
y ó le rechazan por nécio  
y ó por loco le desprecian;  
nuevo Galileo ó Sócrates,  
¡otro mártir de la ciencia!

Solo Isabel, decidida  
de aquel génio se penetra  
prestándole el noble auxilio  
que los magnates le niegan.

Exhausto tiene el tesoro,  
pobre á la nación encuentra  
que agotase los recursos  
por ayudarla en sus guerras:  
¡cómo hacer! Mas del valiente

nunca el ánimo se arredra,  
siendo el valor de esa dama  
timbre fiel de su realeza.

No vacila, se desprende  
de sus brillantes preseas  
y dícele al génio... Parte,  
parte y que Dios te proteja.

. . . . .  
No pasaron muchos meses  
cuando el actor de esta empresa  
cubierto de honor y gloria  
vuelve al fin ante su reina,  
y sus cartas geográficas  
á las Naciones enseña  
con estos nombres escritos:  
SANTA CRUZ Y LA ISABELA.





## Á MÁLAGA.

---

### IMPROVISACIÓN.

---

**P**ARAISO de mis amores  
Hesperis de Andalucía,  
dióme por la pátria mia  
de un verde lauro las flores;  
ya corazón tu no llores  
léjos del hogar querido  
que un pueblo te ha recibido  
hoy entreabriendo sus brazos  
y con tan seguros lazos  
no cabe muerte ni olvido.

Málaga; si acaso un dia  
me arrastran de la fortuna  
los huracanes.... ó una  
nave arriando en tu bahía

por destrozar mi alegría  
quiere llevarme, ¡Dios sabe!  
no temas tú que allí acabe  
de tu recuerdo el amor,  
que yo guardaré este honor  
donde me deje la nave.

Cielo azul cristalizado,  
Madre tierra de las flores,  
ensueño de trovadores,  
mundo de gracias poblado...  
¿Dónde iré yo que no te ame?  
¿Donde iré que no te aclame?  
¡Resplandor de mi memoria,  
deja que en sueños de gloria  
la patria mía te llame!

Yo tengo cuna de niño  
que por un templo no diera,  
cuna que suave meciera  
con sus halagos, *mi airiño*  
y de una madre el cariño:  
donde con dulce beleño  
yo he pasado un breve sueño  
de mi niñez el encanto,  
mas con quererla yo tanto  
fuese también... Malagueño.

